

Rapiña global, Carlos Taibo

RAPIÑA GLOBAL. Prólogo y capítulo 1

Prólogo

El libro que el lector tiene entre sus manos es, mal que bien, una introducción a la política internacional de principios del siglo xxi, y lo es pese a que ni pretende abarcarlo todo ni se propone facilitar una comprensión sesuda de conceptos complejos. Su objetivo se antoja mucho más modesto: dar cuenta de algunas de las principales tensiones que se registran hoy en el planeta y sopesarlas críticamente con la vista puesta en azuzar conciencias y provocar cambios en nuestras actitudes.

Quiere uno pensar que el momento que vivimos, aunque trágico para muchos, es al tiempo muy interesante y justifica que hagamos un alto y prestemos atención a lo que se revela a nuestro alrededor. Han quedado ya muy atrás los años de la confrontación entre dos grandes bloques militares, una etapa de casi medio siglo que, por cierto, conviene no idealizar. Aunque es legítimo que se sostenga que la existencia de la Unión Soviética (URSS) limitaba un tanto la agresividad de la gran potencia rival, Estados Unidos (EE UU), mal haríamos en olvidar que muchos de los problemas del presente se gestaron —o al menos quedaron como estaban— entre 1945 y 1991. Ahí están, para testimoniarlo, la relación norte-sur y, con ella, el expolio del Tercer Mundo, el sinfín de guerras libradas en la mitad meridional del planeta, los niveles intolerables alcanzados por el gasto militar y un puñado de agresiones medioambientales acaso irreversibles. Es verdad que quien quiera buscar bondades en el pasado podrá recordar, por ejemplo, que la etapa de la colisión entre bloques se caracterizó por una innegable previsibilidad de las relaciones: las dos potencias sabían de sobra lo que les esperaba si asumían uno u otro comportamiento. El consuelo resulta, sin embargo, menor: si, por un lado, tanta capacidad de prever los movimientos ajenos apenas tuvo efectos saludables en lo que se refiere a los principales problemas del globo, por el otro no está de más recordar que la abrumadora mayoría de los dirigentes políticos y de los expertos fueron incapaces de vaticinar algo tan relevante como la crisis final de la Unión Soviética y de su bloque.

También han quedado atrás los años finales del siglo xx, llenos de ilusiones defraudadas. En el decenio de 1990 vivimos lo que hoy se nos presenta como una etapa de transición, que ni respondía a las reglas del juego de la confrontación entre bloques ni obedecía a las propias del desorden planetario que ha ganado terreno en el último lustro. En esos años pudimos asistir a la enunciación de un orden internacional que quería ser nuevo, al despliegue de fórmulas de intervencionismo autocalificado de humanitario —a menudo escondían intereses poco edificantes— y, sobre todo, a la aparición, con singular fuerza, de una palabra, globalización, que aspiraba a retratar un sinfín de cambios saludables en las relaciones económicas.

Tampoco hay demasiados motivos para idealizar lo ocurrido en la década de 1990. Como pronto tendremos la oportunidad de recordar, muchos de los elementos negativos que atribuimos a George W. Bush —Bush hijo—, el presidente de Estados Unidos desde 2001, hunden sus raíces en políticas que había abrazado su antecesor, William Clinton.

Aun cuando establecer un antes y un después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 es asumir una decisión muy delicada, y tal vez poco afortunada, aceptaremos de buen grado una afirmación: los atentados en cuestión vinieron como anillo al dedo a la derecha norteamericana más cerril, que a su amparo pudo darle una nueva vuelta de tuerca a viejas estrategias de dominación. En un escenario de general sumisión a Estados Unidos, los inicios del siglo xxi han permitido registrar unos cuantos fenómenos inquietantes: agresiones militares desbocadas —como las verificadas en Afganistán e Irak—, conflictos resueltos en provecho de gobiernos impresentables, organizaciones internacionales —Naciones Unidas— cada vez más marginadas, gastos militares en ascenso, retrocesos en derechos y libertades, y, en suma, usos interesados de la amenaza, presunta o real, que supone eso que ha dado en llamarse

terrorismo internacional. Pero el albor del siglo ha visto, por encima de todo, la ratificación y la aceleración del expolio de los países más pobres, de la mano de una globalización que se sitúa ostentadamente en la línea del imperialismo y del capitalismo tradicionales. Una de las paradojas del momento reside, con todo, en el hecho de que la fortaleza del proceso correspondiente no ha permitido acrecentar —volvamos a la misma cuestión— la previsibilidad de los acontecimientos, algo que cabe atribuir a la codicia, generadora de un caos sin límites, que inspira a la propia globalización capitalista.

Es verdad, aun así, que a caballo de los siglos xx y xxi se han hecho valer nuevas e interesantes resistencias que no se contentan con rechazar intelectualmente el desorden establecido sino que empiezan a reclamar, desde ahora mismo, cambios en las relaciones materiales. Si hay un rasgo que marca, por encima de cualesquiera otros, a esas nuevas resistencias es su propósito de no encallar donde lo hicieron los dos grandes barcos de la izquierda propia del siglo xx: el de una socialdemocracia que acabó por aceptar, lamentablemente, que sólo puede aspirarse a gestionar de manera civilizada —nadie ha explicado convincentemente cómo— el capitalismo y el del leninismo empeñado en disponer de una ciencia social que prefigura puntillosamente los procesos y otorga una posición de primacía intelectual y política a una vanguardia autoproclamada. Frente a esas dos visiones, por doquier se aprecia un renacimiento libertario, receloso por igual de capitalismos y de vanguardias.

En más de un sentido, las tesis que se manejan en este libro son una suerte de resumen, redactado con no ocultada vocación pedagógica, de las que el autor vino a defender, en los últimos años, en obras más enjundiosas y, probablemente, más pesadas. Tal es el caso del trabajo dedicado a la globalización capitalista —Cien preguntas sobre el nuevo desorden—, de los dos ensayos que bucearon en la condición presente de EE UU —Guerra entre barbaries y ¿Hacia dónde nos lleva Estados Unidos?—, del libro que procuró desgranar la cara oculta de la Unión Europea —No es lo que nos cuentan. Una crítica de la Unión Europea realmente existente— y del texto —Movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista— en el que se acometió una defensa franca de los movimientos antiglobalización. El destinatario imaginario de esta obra es, probablemente, diferente del de algunos de los libros recién mencionados. No hay pecado mayor en identificarlo en la figura de los numerosos jóvenes, comúnmente denostados como si careciesen de inquietudes y valores, que desean acceder a una comprensión primera, y crítica, del desorden mundial de estas horas. Ya he señalado que, en tal sentido, estas páginas están pensadas con el doble propósito de identificar grandes problemas y de aportar claves para transformar el mundo.

Tiempo habrá para que esos jóvenes cuestionen muchas de las ideas que se expresan en estas páginas. Que son capaces de hacerlo merece poca duda. Al fin y al cabo, hora es ya de que la generación del autor se desprenda de viejos hábitos que invitan a sostener —y es un ejemplo entre muchos— que los jóvenes, afortunadamente, están regresando a nuestras manifestaciones. Las más de las veces, y antes bien, somos nosotros los que estamos empezando a acudir, con respetabilísimo criterio, a las manifestaciones que ellos tienen a bien organizar.

Madrid, enero de 2006

1

¿Es la globalización capitalista algo realmente nuevo?

Aunque no puedo aducir al respecto ninguna prueba, tengo la certeza de que en algún momento, en la primera mitad del decenio de 1990, se convocó una reunión semiclandestina de un grupo de expertos en comunicación de masas. A los participantes probablemente se les solicitó que reflexionasen sobre una cuestión que preocupaba a muchas de las gentes con mayor poder en el planeta: el deseo de gestar un nuevo orden internacional —anunciado por George Bush padre, a la sazón presidente de Estados Unidos, en septiembre de 1990— casaba muy mal con la pervivencia de un par de palabras que a los ojos de muchos retrataban

de forma razonablemente certera la mayoría de las relaciones económicas existentes. Esas dos palabras, capitalismo e imperialismo, tenían, por añadidura, una bien justificada imagen negativa a los ojos de la mayoría de los habitantes del globo.

La tarea encomendada a nuestros expertos era fácil de imaginar: se trataba de encontrar una tercera palabra que permitiese arrinconar a las otras dos y cancelase los efectos de esa imagen negativa a la que acabamos de referirnos. Y a fe que quienes dieron con el término globalización —quienes lo rescataron, por mejor decirlo— realizaron con enorme talento su trabajo. Casi de la noche a la mañana pudimos comprobar cómo la palabra lo inundaba todo y cómo, de resultas, un conjunto de relaciones económicas impregnadas hasta bien poco antes de rasgos negativos se nos presentaban repentinamente marcadas por una estricta neutralidad o, más aún, por estimulantes contenidos. La operación en cuestión tenía, en fin, un efecto mágico adicional: a su amparo el vocablo capitalismo desaparecía del propio discurso de los políticos de izquierda, como si su empleo y, más aún, la crítica de las prácticas correspondientes estuviesen de más y emplazasen fuera del mundo a quienes tenían la mala idea de acometerlos.

Olvidemos ahora que hay motivos suficientes para afirmar que la operación que acabamos de mal describir no ha producido en plenitud los efectos apetecidos. Éste ha sido, sin duda, uno de los méritos de los movimientos antiglobalización, desde hace años empeñados en darle la vuelta a la tortilla y en subrayar la relación expresa, material y clara que existe entre lo que en el pasado se conoció como imperialismo y capitalismo, por un lado, y lo que en el presente los defensores de un injusto orden económico se han empeñado en llamar, por el otro, globalización.

Mayor interés tiene el ejercicio encaminado a subrayar que nuestros recelos con respecto a la palabra globalización en modo alguno quieren decir que estemos sosteniendo que el imperialismo y el capitalismo tradicionales no han experimentado cambios de relieve. La consideración de estos cambios —todos ellos, a nuestro entender, negativos— podría justificar que acatásemos, aun a regañadientes, el término globalización siempre y cuando por detrás lo hagamos acompañar de algún adjetivo que nos permita recuperar capacidad crítica.

Hablaríamos entonces, y por ejemplo, de globalización capitalista o de globalización neoliberal, en el buen entendido de que estas dos expresiones, pese a las apariencias, no son sinónimas: puestos a rescatar esa capacidad crítica que anunciábamos, la primera es, a buen seguro, más interesante que la segunda, toda vez que uno puede contestar agriamente el neoliberalismo sin por ello cuestionar la lógica propia del capitalismo —aquél sería una versión extrema de este último—, o, muy al contrario, puede rechazar por igual el capitalismo y el neoliberalismo. Como quiera que ésta es la línea argumental que asumimos en este libro, y en virtud del razonamiento que acabamos de perfilar, en adelante nos interesaremos, sin mayor explicación, por lo que acabamos de llamar globalización capitalista.

Ya tendremos oportunidad de subrayar, por lo demás, que, si estamos en lo cierto y existe una poderosa línea de continuidad entre imperialismo, capitalismo y globalización, sobran los motivos para ratificar el buen sentido de la expresión movimientos antiglobalización y eludir las medias tintas que se revelan de la mano de alguno de sus competidores, como es el caso de los que hablan de movimientos alterglobalizadores o movimientos por una globalización alternativa. Si a nadie en su sano juicio se le ocurriría reclamar un imperialismo alternativo, no parece que haya motivos mayores para reivindicar una globalización alternativa.

Cambios en la condición del capitalismo

El lector recordará que unas líneas más arriba hemos hablado de algunos cambios registrados —en los dos últimos decenios, agreguemos ahora— en la condición del capitalismo contemporáneo. Esos cambios son resultado de varios procesos que se han revelado simultáneamente. Entre ellos se cuentan el desarrollo de los intercambios comerciales —en la segunda mitad del siglo xx el comercio internacional creció doce veces mientras la producción lo hacía sólo seis—, la desaparición de las barreras aduaneras, la producción en masa, la fragmentación de las actividades productivas, el control a distancia, la mayor rapidez y eficiencia del transporte, el despliegue de operaciones en tiempo real —no parece una expresión muy correcta pero es, al cabo, la que se ha impuesto— y, en suma, el hundimiento de los sistemas de tipo soviético y el progresivo agotamiento del modelo chino.

Pues bien: merced a todas estas circunstancias han cobrado cuerpo cambios importantes. El primero de ellos nos habla de una formidable, y desconocida, primacía de la especulación. En el capitalismo de estas horas la especulación lo es casi todo, como lo atestigua un dato por sí solo escalofriante: los recursos asignados a operaciones de cariz estrictamente especulativo

son sesenta veces mayores que los que corresponden a aquellas que implican la compraventa efectiva de bienes y servicios. Al calor de este hecho parece obligado preguntarse, dicho sea de paso, por qué los empresarios que se dedican materialmente a la producción de bienes y a la prestación de servicios no han reaccionado airadamente ante una modalidad de relaciones económicas que, con certeza, no es la más propicia para sus intereses. Permítasenos adelantar una respuesta provocadora: hablando en propiedad tales empresarios no existen, habida cuenta de que quien dispone de recursos, por mucho que dedique una parte de éstos a actividades productivas, bien suele cuidarse de asignar otra parte a menesteres de cariz fundamentalmente especulativo.

Un segundo rasgo de la globalización capitalista lo aporta una formidable aceleración en la fusión de los capitales. Los capitales inmersos en operaciones de fusión se han multiplicado por siete en los tres últimos lustros, de tal suerte que hoy cualquiera de las 100 empresas mayores muestra un volumen de ventas que supera a las exportaciones de cualquiera de los 120 países más pobres. El resultado final es fácil de apreciar: en el planeta contemporáneo la riqueza se halla cada vez más concentrada en unas pocas manos. Tal y como inmediatamente lo subrayaremos, este horizonte obliga a recelar muy mucho de la dimensión igualitaria y descentralizadora de la globalización que padecemos. Otro elemento característico de esta última es lo que ha dado en llamarse deslocalización, esto es, un conjunto de medidas encaminadas a trasladar a otros escenarios, a otros países, empresas enteras, las más de las veces en busca de la explotación de una mano de obra barata, de ventajas de orden fiscal o de medidas represivas garantizadas por gobiernos autoritarios. Es evidente que las prácticas deslocalizadoras no obedecen, en otras palabras, a ningún proyecto filantrópico: la obtención del beneficio más descarnado es su fundamento mayor.

Agreguemos alguna observación más sobre otros cambios verificados recientemente en la textura del capitalismo, no sin antes dejar claro que ninguno de los que nos ocupan —de los ya referidos y de los que siguen— remite a novedades estrictas: es preferible hablar de procesos que, ya existentes en el pasado, han adquirido un impulso inusitado en los últimos tiempos. Uno de ellos lo configura, cómo no, la generalización, en todo el planeta, de las privatizaciones, de tal suerte que segmentos enteros del sector público de las diferentes economías han sido colocados en manos privadas, casi siempre a través de procedimientos inmorales y opacos. Las privatizaciones se han visto acompañadas, por lo demás, de una general desregulación, en virtud de la cual las medidas de control han ido desapareciendo y, con ellas, las capacidades al alcance de los poderes políticos tradicionales. De resultas se ha ido gestando lo que algunos especialistas entienden que es un paraíso fiscal —un lugar en el que ni hay controles, ni se pagan impuestos, ni la información es transparente— de escala planetaria: según este proyecto, los capitales habrán de moverse a lo largo y ancho del globo sin someterse a ningún tipo de traba, y pudiendo desentenderse, por añadidura, de cualquier consideración de cariz humano, social y medioambiental. Habrán de ser las grandes empresas transnacionales, y no los gobiernos, las que, por ejemplo, determinen las reglas laborales, y los códigos de conducta, sin límite alguno. En semejante escenario a duras penas puede sorprender que se hayan asentado las redes del crimen organizado (aunque, si queremos decirlo de manera diferente y provocadora, tal vez lo que está ocurriendo es que esas redes en más de un sentido están desapareciendo, toda vez que su existencia sólo puede concebirse en virtud del respeto paralelo de unas reglas previas).

Lo que acabamos de relatar bien puede resumirse en las palabras de Manuel Castells: «El resultado de la globalización financiera es quizá que hemos creado un “autómata” que está en el corazón de nuestras economías y condiciona nuestras vidas de forma decisiva. La pesadilla de la humanidad, ver que nuestras máquinas se apoderan de nuestro mundo, parece estar a punto de volverse realidad, no en forma de robots que eliminen puestos de trabajo ni de ordenadores del gobierno que vigilen nuestras vidas, sino de un sistema electrónico de transacciones financieras. El sistema puede con los controles y regulaciones instaurados por los gobiernos, las instituciones internacionales y las firmas financieras privadas, para no hablar de las consideraciones de inversores particulares, consumidores y ciudadanos».

Tres mitos de la globalización capitalista

Es urgente que desactivemos tres grandes mitos que rodean a la globalización capitalista. El primero de ellos sugiere que ésta tiene un carácter espontáneo y olvida que las empresas

planifican meticulosamente sus actividades y que otro tanto hacen, también, organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) o la Organización Mundial del Comercio (OMC). Harina de otro costal es que las medidas aprobadas y aplicadas estén produciendo los efectos apetecidos. Pese al impulso que parecen proporcionar la automatización y la informatización de muchos procesos, lo cierto es que el crecimiento anual de los países más ricos ha ido haciéndose cada vez menor desde 1960. La planificación que nos ocupa tampoco ha servido para impedir, en suma, agudas crisis periódicas como las registradas en México, en los dragones asiáticos, en Rusia, en Argentina y en otros escenarios. Un segundo mito afirma que la globalización capitalista responde a pautas generosamente descentralizadoras. Nada más lejos de la verdad. Se trata de un proceso claramente controlado, antes bien, desde los tres grandes núcleos del capitalismo que hemos conocido en la segunda mitad del siglo xx: Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Piénsese al respecto que el censo de empresas transnacionales —el elemento motor principal, al fin y al cabo, de la globalización en curso— reconocía a mediados del decenio de 1990 unas 45.000: si llamativo resultaba que de ellas 37.000 —a buen seguro que las más importantes— se hallasen radicadas en alguno de los tres grandes núcleos mencionados, parece lícito agregar que, aunque formalmente emplazadas en otros escenarios, la mayoría de las restantes dependían en último término del norte desarrollado. Digamos, sin embargo, algo más: aunque a menudo se ha afirmado que la globalización se ha traducido en un alud de inversiones encaminadas hacia los países más pobres, la realidad parece desmentir semejante descripción. En el mejor de los casos aquéllas han arribado a una decena de Estados del sur; tal es el caso de Brasil, de China, de la India, de Indonesia, de México, de Tailandia y, hasta no hace mucho, de Argentina. Entre tanto, y en cambio, el África subsahariana —la región más pobre, con mucho, del planeta— ha recibido menos de un cinco por ciento de esos flujos de inversión. Hay quien se ha sentido obligado a recordar, además, que las cuatro quintas partes de las inversiones en el exterior generadas por el proceso de globalización se han destinado a operaciones de fusión que las más de las veces se han traducido en una masiva destrucción de empresas y empleos locales.

Demos cuenta de un tercer mito, que señala que la globalización capitalista ha permitido reducir significativamente las desigualdades. Para contestarlo es obligado que rescatemos un puñado de datos sobradamente conocidos. En el planeta contemporáneo, por lo pronto, 3.000 millones de personas se ven obligadas a malvivir con menos de dos euros cada día; de ellas, 1.200 millones tienen que hacerlo, en situación de pobreza extrema, con menos de un euro diario. Un 70 por ciento de esos pobres, de los primeros como de los segundos, son mujeres, hecho que por sí solo obliga a otorgarle la importancia que merece a lo que ha dado en llamarse feminización de la pobreza. Más de 800 millones de seres humanos sufren, por otra parte, problemas graves de malnutrición, saldados con esa cifra espeluznante que nos recuerda que cada día mueren de hambre, o de enfermedades provocadas por el hambre, entre 40.000 y 50.000 personas. Agreguemos, en fin, que las fortunas de los tres seres humanos más pudientes equivalen a la riqueza conjunta de los 48 países más pobres. Hay quien, con todo su derecho, aducirá que las cifras que acabamos de invocar retratan una realidad anterior a la globalización capitalista, de manera que a duras penas puede responsabilizarse a ésta de tanta miseria. Y, sin embargo, pese al optimismo que impregna a los defensores de la globalización, parece fuera de duda que ésta no ha hecho sino acrecentar las diferencias de ingresos entre el 20 por ciento mejor colocado de la población del globo y el 20 por ciento peor situado: si eran de 30 a 1 en 1960, se emplazaron en 60 a uno en 1990 y hoy andan frizando el 80 a uno. El efecto final es bien palpable, de la mano de 850 millones de adultos —las tres cuartas partes son mujeres— que no saben leer ni escribir, 325 millones de niños que no han sido escolarizados, casi 900 millones de seres humanos que no se benefician de servicios médicos, cerca de 1.000 millones que carecen de agua potable y 2.400 millones que no disfrutan de sistemas de saneamiento. La trama de fondo ha sido pedagógicamente descrita por muchos expertos que aprecian, al calor de la globalización capitalista, el asentamiento de lo que llaman la sociedad del 20/80: mientras una cuarta parte de la población del planeta —un 20 por ciento— holgazaneará en la opulencia, las cuatro quintas partes restantes se verán abocadas a una lucha feroz para sobrevivir.

Pobreza y deuda

Las reflexiones que hemos anotado en los párrafos anteriores rondan siempre una cuestión candente: la de la pobreza. El hecho de que esta última haya estado presente de siempre en la historia del planeta invita a concluir, por sí solo, que el problema correspondiente no debe de ser fácil de resolver. Aunque a buen seguro es así, conviene guardar las distancias ante cualquier intento de subrayar que el de la pobreza es un problema poco menos que inabordable. Bastará con recordar al respecto que una propuesta formulada en 1997 por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) tenía la virtud de subrayar hasta qué punto los esfuerzos y los recursos que se reclamarían son menores en comparación con lo que se despilfarra en otros menesteres. La propuesta en cuestión sugería aplicar un liviano impuesto, de sólo el cuatro por ciento, a las 225 fortunas mayores del planeta. Según el PNUD, en virtud de esa operación se recaudarían cada año 40.000 millones de dólares, una cifra suficiente para encarar los problemas más graves en materia de alimentación, agua, educación y sanidad. Para que los progresos correspondientes diesen su fruto —se agregaba— era preciso que el impuesto se mantuviese en vigor durante diez años, al cabo de los cuales se habrían recaudado 400.000 millones de dólares.

La última cifra reseñada —400.000 millones de dólares— contrasta poderosamente con otras tres que anotamos a continuación: cada año se gastan en el globo 400.000 millones de dólares en drogas, 780.000 millones en alimentar formidables maquinarias represivo-militares —la cifra ha quedado atrás, toda vez que luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 el gasto en cuestión se ha disparado— y 1.000.000 de millones, un billón, en publicidad. Reflexiónese sobre lo que significa que la primera de las sumas invocadas equivalga a lo que el PNUD se proponía acopiar en una década, la segunda lo duplique y la tercera lo multiplique por 2,5. La conclusión parece servida: la no resolución del eterno problema de la pobreza mucho le debe a la actitud insolidaria, al egoísmo, de los gobiernos y de las poblaciones del norte desarrollado. Lo que acabamos de relatar debe completarse con la mención de una cuestión sangrante, toda vez que muchas tendencias parecen traducirse en circunstancias aún más tétricas.

Recordemos que entre 1970 y 1997 la deuda externa de los países pobres —lo que deben a los más ricos o a instituciones financieras internacionales— se multiplicó nada menos que por 16, de tal suerte que en el último de esos años los Estados del sur hubieron de pagar, para reembolsar la deuda contraída, 200.000 millones de dólares. Ese mismo año 1997, la ayuda oficial al desarrollo que percibieron fue, en cambio, de sólo 45.000 millones de dólares. Entre 1982 y 1998, por otra parte, los países del Tercer Mundo hubieron de devolver cuatro veces más recursos de los que recibieron en su momento. De resultas, y por citar un dato más, en el África subsahariana la deuda hacía que se evaporasen cuatro veces más recursos que los que se destinaban a una sanidad y una educación maltrechas. A diferencia de lo que afirman los responsables de los países más ricos —que nunca se inmiscuyen en los negocios de las instituciones privadas y gustan de anunciar la cancelación de pequeñas cantidades de la deuda externa, siempre a cambio de nuevas aperturas de los mercados de los países más pobres—, ninguna fuente solvente invita a concluir que los desmanes provocados por la deuda están tocando a su fin. Y eso que, de nuevo, la cancelación plena de ésta reclamaría esfuerzos menores. En las palabras de Eric Toussaint, «si la deuda externa del Tercer Mundo fuera anulada, sólo representaría una pérdida del 5 por ciento para las carteras de los países del norte. En cambio, para las poblaciones que se librarían de tan pesado fardo significaría la posibilidad de incrementar considerablemente sus inversiones en salud, educación, creación de empleo...».

Con mimbres como éstos, si alguien se pregunta cuál es la filosofía de fondo que inspira la globalización capitalista, nada mejor que rescatar las opiniones formuladas en su momento por Lawrence Summers, economista jefe del Banco Mundial y responsable principal del informe que al medio ambiente le dedicó en 1992 esa organización financiera. A los ojos de Summers, que aduce al respecto tres razones, está plenamente justificado trasladar a los países pobres las industrias contaminantes. La primera de esas razones señala que, como quiera que los salarios son bajos en el Tercer Mundo, los costes derivados de la contaminación, y provocados por el aumento en el número de enfermedades y muertes, serán afortunadamente más bajos, también, en los países más pobres. Conforme al segundo argumento, y ya que en buena parte del Tercer Mundo la contaminación es todavía reducida, parece lógico contaminar allí donde menos se ha hecho con anterioridad. «Siempre he pensado que los países de África están demasiado poco contaminados; la calidad del aire es acaso excesiva e innecesaria, en comparación con lo que ocurre en Los Ángeles o México D.F.», aduce Summers. Vaya la tercera de las razones: como los pobres son pobres, no habrán de preocuparse en demasía por los problemas medioambientales. Citemos de nuevo a nuestro personaje: «La

preocupación por un agente que causa una posibilidad entre un millón de contraer un cáncer de próstata será por lógica mucho mayor en un país en el que se vive lo suficiente como para contraer un cáncer de próstata que en otro en el que la mortalidad antes de los cinco años de edad sea de 200 por mil». También aquí la conclusión parece servida: la naturaleza del proceso de fondo que Summers invoca y la manifiesta inmoralidad de su propuesta obligan a afirmar que, por lo que parece, y usamos las palabras de Vandana Shiva, «la lógica de los economistas valora la vida de forma distinta en el norte rico y el sur pobre».

Por cierto que la propuesta de Summers remite a un terreno, el del medio ambiente, en el que se revelan con claridad las limitaciones del mercado y de la globalización en curso. Qué llamativo resulta que el auge de políticas globalizadoras coincida, de la mano del paraíso fiscal planetario del que antes hablábamos, con una radical incapacidad para encarar una crisis ecológica que exhibe una doble dimensión: agresiones medioambientales tal vez irreversibles, por un lado, y un progresivo agotamiento de recursos vitales que deja en precaria situación a los derechos de las generaciones venideras, por el otro. Piénsese que en menos de dos semanas se produce hoy lo que se generaba en un año hace un siglo, de tal suerte que la producción mundial se duplica cada 25-30 años en un escenario marcado, además, por una creciente exportación de los problemas —no faltan los seguidores de Summers— hacia el sur. Ahí están, para testimoniarlo, la erosión y acidificación de los suelos, la deforestación, la desertización y la desaparición de muchos cursos de agua.

Los efectos políticos

Dejemos atrás, con todo, el terreno de la economía y demos cuenta de algunas de las secuelas políticas de la globalización capitalista. Digamos, por lo pronto, que se aprecian dos grandes efectos, de sentido opuesto, sobre el Estado. Mientras, por un lado, las funciones económicas y sociales de éste se han ido reduciendo, por el otro se han acrecentado, en cambio, las represivo-militares. Es verdad que el retroceso de las capacidades económicas y sociales de los Estados puede explicarse en virtud de los procesos de descentralización interna, de la transferencia de atribuciones a instancias supraestatales como la Unión Europea (UE), de la influencia de redes transnacionales como las articuladas por muchas organizaciones no gubernamentales o del creciente peso de normas legales de vocación planetaria como las relativas, por ejemplo, a la justicia penal internacional. Pero su fundamento mayor es la acción de gigantescas tramas económico-financieras que operan en la trastienda y que, con el apoyo de organismos como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio, han ido arrinconando a los poderes políticos tradicionales. Lo ocurrido queda bien retratado de la mano de las palabras del filósofo estadounidense John Dewey, para quien la democracia pierde su sentido cuando la vida de un país se ve gobernada por genuinos tiranos privados, de tal manera que los trabajadores se hallan subordinados al control empresarial y la política se convierte en «la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad».

La otra cara del proceso que nos ocupa la configura, como hemos señalado, un formidable engordamiento de las funciones represivo-militares de los Estados. El panorama no es muy distinto del que cobró cuerpo en EE UU en el decenio de 1980 al amparo de las políticas abrazadas por el presidente Ronald Reagan: éste, que era un decidido neoliberal y que, como tal, redujo hasta niveles difíciles de imaginar las dimensiones del gasto público en sanidad y en educación, no dudó en acrecentar espectacularmente, en paralelo, el gasto militar. El resultado final, paradójico habida cuenta del credo neoliberal que invocamos, fue que al cabo de los dos mandatos de Reagan el déficit público norteamericano era sensiblemente superior al registrado en el momento inicial de la presidencia de nuestro hombre. No sin recordar que algo parecido está sucediendo a principios del siglo xxi en Estados Unidos, habremos de señalar que para explicar la contradicción mencionada no hay que ir muy lejos: a los neoliberales el gasto público les inquieta, y se esfue